

Lunes

Joaquín Guillén



Joaquín Guillén

Capítulo 1

Llegó el día. El tiempo se pasó tan rápido esta vez. Ayer no quería dormirme. Por favor no cierres los ojos, me dije. Pero entre la película, los ronquidos de mi hermano y el frío de la noche, no pude mantenerme despierto.

Mi madre hace el desayuno. Ella no lo sabe. Le tengo que inventar historias para que se quede tranquila, cuando me pregunta cómo estoy. Bien, solo un poco cansado.

Creo que rezar es inútil. Repetimos todos los días las mismas oraciones. Pido lo mismo. Se me congelan las manos. Nada ha cambiado desde que llegué. Para no aburrirme, pienso. Imagino que ya son las tres y que puedo salir a jugar fútbol con Gonza y Pacho. Es raro, es como vivir dos vidas, como ser dos personas en un mismo día. Se que Gonza jamás se burlaría de mi mamá, porque su mamá también trabaja en el mercado. Pacho jamás me pegaría en los huevos.

Mi primo Chavo no llegó a ser el aliado que esperaba. No lo culpo, él también tiene que salvar su pellejo. Nunca se ha metido conmigo, pero verlo reírse con los otros es lo que más me duele. Uno de los primeros días, en el recreo, se acercó para decirme que debía mecharme a alguien, a quien sea, y que así las cosas mejorarían. Agárralo a Sosa, me dijo. Veo a Sosa, dos cabezas más adelante en la formación. He empezado a odiarlo, a creer que es una basura que debería morir. Es flaco, usa lentes y habla inglés perfectamente, el muy marica.

Las clases son largas y cada profesor tiene su propia manera de educar. Padilla habla escupiendo. Beltrán nos hace correr hasta vomitar. Gutiérrez dice que masturbarse es un pecado. Esta mañana la pizarra amaneció con un mensaje, quizás una profecía: "Beltrán se la come" junto con el dibujo de un miembro. ¿Quién hizo esto? Silencio total. Fue Martínez, dice Gavilán. Yo lo niego. Sus amigos se suman. Si, fue Martínez. Es mentira, digo en voz alta. El profesor se acerca a mi carpeta, me mira directamente a los ojos y me pregunta si soy tan hombre para decirle en su cara lo que escribí. Le digo que no fui yo. Si hay algo peor que un cobarde, es un soplón; termina diciendo. Gavilán y yo nos quedaremos 30 minutos castigados después de la salida. Estoy muerto.

En el recreo camino por los pasadizos y las aulas cerradas. Evité encontrarme con la gente, en especial con Gavilán y su pandilla que son capaces de lo inimaginable. El otro día le hicieron el Tupac Amaru a Beto, porque dicen que se chapó a la flaca de uno de ellos. Lo agarraron de cada extremidad y así, abierto de piernas, lo estrellaron contra el poste

del arco de fútbol. Contrariamente a lo que se pueda esperar, deseo que el recreo acabe pronto, para así no tener que deambular tanto tiempo. Tenía un amigo, el gordo, pero de pronto me dejó de hablar. Así, de la nada; lo noté distante, esquivo y decidí que quizás era mejor apartarme. Así que estoy solo.

– Tranquilo, los primeros años son duros – escucho una voz. Es Sosa, sentado en las gradas que dan al pabellón de secundaria –. Luego, te acostumbras. Buscas otras cosas

– ¿Cómo cuáles?

– La biblioteca, hay sillones cómodos. O la enfermería, tienen camas, sólo que no puedes ir más de dos veces a la semana

– ¿Y qué haces acá entonces?

– Espero a un amigo

– ¿Tienes amigos?

– Sí, bueno desde hace poco. Es un amigo de secundaria

– ¿Es fuerte?

– Sí, creo

– ¿Y por qué no le pides que le saque la mierda a Gavilán?

– Es que él no es así

– Debe ser un marica como tú entonces – le digo y me voy

Suena el timbre. El último bloque es el peor. Inventé un juego en el que cada número del reloj es una persona. Cada persona es protagonista de una historia hasta que pase al siguiente número. Pacho quiere ser pirata. Tenemos una tripulación en la que soy contramaestre y Gonza es artillero. Ojalá pudiera estar en el cole de alguno de ellos. Les va mucho mejor. Gonza incluso se declarará a una chica que se llama Annie, que la conoció porque le pidió su libro de matemáticas. A ellos también les invento historias. Les hablé de mi amigo Gavilán, de las fechorías que cometemos. De la vez que nos colamos en la sala de profes para robarnos café o del pase gol que me dio en las olimpiadas. Ellos me creen, no se imaginan que acá dentro soy otra persona. En el diez pienso en la vecina Sofia, imagino que somos esposos viviendo en una casa bonita. En el once imagino al gordo dentro de un hospital embrujado donde un fantasma de una anciana lo hace llorar. Llegado al doce, sería el momento más alegre

del día, pero hoy es diferente.

Todos se han ido del salón. Solo quedamos Gavilán y yo. No nos dirigimos la palabra, tampoco la mirada. Solo son seis personas más, pienso. Veo el reloj. Si tan solo hubiera una forma de escapar y no volver jamás. Gavilán se levanta de su carpeta, da un par de vueltas por el salón. Empieza a silbar. Se acerca a la pizarra, me lanza una tiza.

– ¿Por qué no me pegas? – me pregunta, yo no respondo –. Los maricas como tú me dan asco

Apenas van tres personas, entre las cuales está mi papá que fue un astronauta que viajo a la luna y no volvió más. Me lanza otra tiza.

– Tienes que aprender a defenderte, a mecharte, a hacer algo cuando alguien te jode, sino vas a seguir por la vida como un imbécil sin hacer nada

Una lágrima se me escapa. Lo más jodido no es que me hagan mierda y que no pueda defenderme, lo más jodido es dejar alguna pista que haga sufrir a mamá. La vez que llegue con el ojo morado, no me creyó lo del resbalón en las gradas. Fue a hablar con el director, que habló con el papá de Gavilán y desde entonces todo ha empeorado.

– No llores, mierda. ¿No te das cuenta de que eso es peor?

Se acerca a mi carpeta.

– Mira, huevon, lo que es un hombre

Se levanta la camisa. Veo que en el estómago tiene una especie de quemadura. Solo con verla se me pone la piel de gallina.

– Esto es tu culpa, huevon. Por soplón, mi viejo me sacó la entreputa

Trato de controlar el llanto tapándome la boca, apenas es lunes.

FIN